

SIN ORO Y MUERTOS DE HAMBRE: FRACASO Y ALIMENTACION EN LA EXPEDICION DE PANFILO DE NARVAEZ A LA FLORIDA*

Ricardo PIQUERAS CESPEDES
Universidad de Barcelona

La conquista y colonización de América, representó no solo el «descubrimiento» de un Nuevo Mundo para los europeos, fruto de la continuación de las exploraciones comenzadas en la segunda mitad del siglo XV por portugueses y andaluces principalmente, sino también el escenario de un gran número de episodios históricos en donde la ambición, el sacrificio y la muerte formaron a menudo un triángulo inseparable. El estudio y análisis de estos episodios nos revela muchas veces una cara diferente de la historia de la conquista, sobresaliendo facetas que en nada se ajustan a los cánones triunfalistas predominantes en la conquista de las dos grandes áreas culturales americanas, la azteca y la inca.

En la primera mitad del siglo XVI, época de exploraciones, descubrimientos y grandes conquistas, nos encontramos con un rosario de expediciones malogradas que abarcan desde la Florida, al Chaco, a la Patagonia, al Marañón, al Orinoco y al Meta. Expediciones terrestres y marítimas, con múltiples objetivos y medios pero con un mismo fin, el fracaso. Es esta la otra cara de la moneda, la del desastre, lo desesperación el hambre, la sed y la muerte de muchos hombres cuyos objetivos, ideales y medios estaban fuera del alcance de lo que la realidad americana podía ofrecerles. Una de las crónicas que mejor enmarcan este panorama de la historia sombría de la conquista, es sin duda «Los Naufragios» de Alvar Núñez Cabeza de Vaca¹, crónica descriptiva y realista en toda su extensión, que emerge como un testimonio excepcional dentro de su género, apenas igualada por ningún otro documento español de la época. En él, el mismo autor, protagonista y superviviente de su propia historia nos narra los hechos y motivos que llevaron al desastre de una expedición, cuyos objetivos primarios eran sin duda de claro índole material y

* Este artículo forma parte de la tesis de licenciatura del autor, dirigida por el Dr. Javier Laviña y presentada en septiembre de 1987 bajo el título: «Crónica de un fracaso: Los Naufragios de Alvar Núñez».

1. Los «Naufragios» fueron compuestos por Alvar Núñez entre los años de 1537 y 1540, apenas llegado a España. La primera edición oficial de la obra fue impresa por Francisco Fernández de Córdova, en Valladolid, en 1555.

pasaban por el control del territorio y el aprovechamiento de sus posibles riquezas, al igual que Cortés había hecho anteriormente con el territorio azteca. Su aventura le valió el calificativo de «experto en desgracias, caminatas y naufragios», justo apelativo tras salir airoso de un territorio hostil, después de más de 3000 kilómetros de andanzas y dejar tras de sí a 293 de los 300 compañeros que formaban la expedición inicial.

En esta primera época, América se ofrece como un campo de carreras hacia objetivos más o menos fáciles para hombres ambiciosos y aventureros, que ansían colmar sus deseos de labrarse un porvenir económico y social. Pero nadie parece contar de momento, con la propia realidad americana. La rapidez con que se llevan muchas de estas acciones y la falta de preparación, tanto humana como técnica, hace que el choque con esta realidad sea brusco y a veces, como en el caso que nos ocupa, catastrófico.

El relato de Alvar Núñez es una crónica de supervivencia, y por ello, en ella va a tener una importancia vital el aspecto alimentario, deficitario desde los primeros momentos y motivo de constante preocupación y angustia para el conquistador. Puede decirse que la inadaptación alimentaria a las posibilidades que el medio físico les ofrecía, fue una de las causas que hostigaron en mayor medida al europeo en su marcha por América. El fracaso y la alimentación son las dos premisas sobre las que se apoya este artículo y que junto al oro conforman un triángulo unidireccional en el que la ecuación histórica sería: Búsqueda de riquezas (oro) + Limitación alimentaria = Fracaso total.

La primera parte de la crónica y de la expedición, tiene como escenario las tierras de la Florida, «descubiertas» ya en 1513 por Juan Ponce de León y en cuyas costas va a darse el encuentro de dos modelos alimentarios totalmente distantes: El europeo y el indígena. Estos dos modos, que contactan en los primeros días del desembarco, se van a sustituir pero nunca llegarán a complementarse, para desgracia del conquistador, que, privado de su alimentación tradicional, sucumbirá a la inadaptación a unas formas alimentarias indígenas que no sabe aprovechar.

La historia comienza el 14 de abril de 1528, cuando los miembros de la expedición del Gobernador Pánfilo de Narváez, procedentes de la isla de Cuba, desembarcan en la bahía de Tampa (Florida). Comienza así para los expedicionarios la aventura y desventuras, la ilusión y el desengaño, las largas caminatas por terrenos difíciles hasta para un hombre de hoy, el cambio brusco de alimentación en relación con lo que ellos llevaban en el barco y más aún, con la que estaban acostumbrados en la península y los primeros contactos y roces con la población indígena del área. El medio físico, los primeros contrastes (clima, alimentación), el oro y el hambre como opuestos incompatibles y la realidad indígena que observan y sufren², son los aspectos que se tratan a continuación, en un intento de mostrar el sentido de una expedición abocada al fracaso, y desde la visión de un hombre que, aún no siendo un «héroe» de la conquista, pues no encontró riquezas ni conquistó un imperio, por lo menos vivió lo suficiente para contar sus experiencias, transmitiéndolas de una manera brillante y singular.

2. Es evidente que el indígena también observa la nueva realidad sociohumana que se le echa encima y sufrirá en breve plazo el encontronazo con una nueva cultura que a la larga va imponer su dominio, muchas veces de forma violenta y casi siempre y hasta ahora con desprecio hacia las culturas y formas de vida a las que se impone.

EL MEDIO FISICO

La primera dificultad con que se encuentra la expedición, es el propio medio físico, hostil por naturaleza y desconocido para los hombres de Narváez. Este comprende la totalidad de la península de Florida, cuya situación en el extremo Sureste de los Estados Unidos, le confiere unas características geográficas propias. Enmarcada ecológica y culturalmente en la región del Sureste, la península de Florida, ofrece un clima templado cálido, con influencias oceánicas en la parte norte y un clima subtropical húmedo en la parte meridional de la península, determinado por las temperaturas y el régimen de precipitaciones. Estos dos tipos de clima conllevarán también dos tipos o áreas de subsistencia, en base a los diferentes medios físicos que los sustentan. El clima viene determinado, además de por la latitud hacia el sur y su posición marítima, por su bajo relieve. Formada geológicamente en tiempos recientes, se configuró alrededor de un cordón de islas y arrecifes bajos durante los tiempos del pleistoceno, formando una loma de cúpula baja, que en su mayor parte no llega ni a los 15 metros de altitud. El carácter llano y uniforme de la tierra con un suelo formado predominantemente de rocas calizas y porosas, van a dar lugar a numerosas dolinas y sumideros, los cuales junto con la poca altitud, hacen que tenga un sistema de desagüe deficiente y complicado, con numerosas zonas pantanosas.

Las características del suelo y su carácter pantanoso dan lugar a asociaciones vegetales hidrófilas; las diferencias de clima, tropical lluvioso al sur, hacen del paisaje un continuo sucederse de lagunas y marismas cubiertas de caña y juncos donde a veces sobresalen islas de tierra, cubiertas de arbolillos y arbustos. Originariamente la vegetación de la península estaba formada por bosques de pinos y especies mixtas, excepto en el sur, donde los pantanos y tierras de pasto conocidas como los Everglades, ocupaban una extensa área³. Sin embargo predominan los nogales y encinas como especies naturales a las que se unen los bosques de cedros y las praderas en las anegadizas zonas llanas del interior. «Por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles»⁴.

Analizados los aspectos fundamentales del medio físico, puede decirse que la expedición de Narváez se encuentra nada más llegar, con una falta de puertos naturales «para poblar y asegurar los barcos», condición básica y fundamental para el inicio de cualquier asentamiento y empresa posterior. A ello se une una costa de difícil acceso y pantanosa, que dificulta no sólo el establecimiento de bases costeras, sino el avance hacia el interior, mermando en gran medida la seguridad de quién se adentrara en la zona. Las alusiones de Alvar Núñez son claras al respecto: «por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caídos»⁵. Esta situación de inestabilidad física no hace sino entorpecer la movilidad que, gracias a los caballos, verdadero comodión para el conquistador, tenía la expedición. Estos últimos más que una ayuda, van a representar una carga

3. Los Everglades son grandes y despejados cenagales de corta hierba, con islas bajas o montecillos que no llegan nunca a la costa.

4. Alvar Núñez: «Naufragios y Comentarios», edición de Roberto Ferrando, Madrid, página 55, 1984.

5. *Idem*, p. 55.

para los soldados, que en pocas ocasiones pueden montarlos. El avance era dificultado también por las propias formas del litoral, llenos de bancos de arena bajos y de gran extensión donde se hacía difícil el caminar: «anduvimos por ellos con el agua hasta mitad de la pierna, pisando por encima de ostiones, de los cuales recibimos muchas cuchilladas en los pies, y nos fueron causa de mucho trabajo»⁶. En definitiva, una zona bastante inhóspita y con demasiados inconvenientes para comenzar la tarea de conquista y poblamiento que Narváez tenía en mente llevar a cabo, y que debía representar su lanzamiento personal tras los fracasos anteriores⁷. La falta de puertos naturales influye directamente en la decisión del Gobernador Narváez de separarse de los barcos mandándolos a buscar puerto seguro. Con ello realiza su primer gran error, pues queda sin apoyo marítimo en caso de retirada y sin posibilidad de contactar nuevamente con los barcos, que nunca más volverá a ver. La infravaloración y desconocimiento del mundo americano, a nivel de medio físico, ha sido sin duda uno de los principales motivos por los que fracasaron numerosas expediciones, convencidas de que América se abría a sus pies. Al casi nulo conocimiento cartográfico de las formas litorales se unía una desinformación total en cuanto a corrientes marítimas, vientos y distancias de navegación, más aún en una zona como la del Golfo de México, de fuertes corrientes y cambios meteorológicos que echan por tierra cualquier cálculo marítimo.

PRIMEROS CONTRASTES

A principios del siglo XVI, la economía de los indios de América del Norte se hallaba en diferentes estados de desarrollo. Frente a zonas con una incipiente agricultura basada en el cultivo del maíz, la calabaza o el tabaco, se situaban extensas áreas donde la recolección, la caza y la pesca eran el modo de subsistencia dominantes. Antes este panorama y la falta del principal cereal europeo en América, para los conquistadores e inmigrantes del otro lado del Atlántico, la alimentación significó un considerable cambio. Este cambio se va a ver agravado por el hecho de que los integrantes de la expedición de Narváez no poseen ningún conocimiento previo de la tierra ni de sus habitantes. Las expediciones de Ponce de León (1512 y 1521), Alvarez de Pineda (1519), o Esteban Gómez (1525) no aportaron datos suficientes para tener una idea clara acerca del territorio de la Florida, que ellos pretenden conquistar y colonizar.

La armada del Gobernador comienza con la desventaja inicial de un deficiente avituallamiento en la isla de Cuba, debido a que fuertes tormentas les arrastran hasta tierras peninsulares sin haber podido repostar en la Habana. Esta desventaja inicial, crea una preocupación constante por el abastecimiento, que se hará notar nada más pisen tierra y contacten con los indígenas del lugar. En este primer contacto van a recibir, inicialmente por vía de rescate o trueque (cascabeles y cuentas de vidrio) la primera muestra de la alimentación indígena: «Por vía de rescate

6. Idem, p. 52.

7. Principalmente la humillante derrota sufrida frente a las tropas de Hernán Cortés en Cempoala, a donde había llegado enviado por el Gobernador de Cuba Diego Velázquez. En esta acción Narváez, además de quedar preso y perder un ojo, pierde también toda oportunidad de acaudillar la conquista del imperio Azteca.

le dieron pescado y algunos pedazos de carne de venado»⁸. Si el pescado podía estar al alcance de los españoles, ya que solían llevar en los barcos aparejos de pesca (cebos y anzuelos), la carne de venado rompía el molde de la típica alimentación de a bordo, que estaba formada por bizcocho en forma de galleta marinera y tocino, como los elementos más abundantes en toda expedición marítima de la época.

El bizcocho era junto al vino la base calórica de la alimentación del soldado y marinero, y lo que más regularmente consumía. Junto a ellos, el arroz, bacalao seco, los garbanzos o lentejas, la miel, la carne de vaca salada y diversos condimentos, completaban una dieta un tanto arbitraria dietéticamente y algo monótona, dado el peso específico de ciertos alimentos. Como sustituto del trigo, los españoles pronto se dedican a buscar el maíz, que ya Colón se encontrara en la isla Fernandina⁹. La presencia de este cereal es básica para mantener una dieta basada en gran medida en el pan, ya fuera de trigo o de maíz. Sin la existencia del cereal americano y el tubérculo de la yuca, la conquista española de América se hubiera realizado con muchas más dificultades de las que se realizó. Preocupados por su progresiva falta de avituallamiento, pronto comienzan a utilizar al indígena como fuente de información, una de las principales funciones de la población nativa, además de servir de portadores, guías o tropas auxiliares en la conquista. «Mos-trámosles maíz para ver si le conocían porque hasta entonces no habíamos visto señal de él»¹⁰.

Más que un contraste, lo que se produce en primer término es una progresiva carencia de alimentos para mantener a 300 hombres que, ante las escasas muestras encontradas de maíz, creen haber llegado a una tierra pobre y sin recursos alimenticios. Evidentemente no esperaban encontrar rebaños de cerdos o cabras, ni árboles frutales como los de España, pero sin embargo actúan con una mentalidad alimentaria totalmente europea y buscan el maíz y no otros alimentos también aprovechables, por ser el único cereal nativo que puede sustituir a su añorado trigo. Es esta escasez de alimentos y la posibilidad de encontrar «oro», mágica palabra que en la mente del conquistador movía montañas, la que determina la actitud de un Narváez deseoso de ver culminada con éxito su empresa, de internarse hacia el norte de Florida, en busca de mejores tierras y de mayores cantidades de maíz. Alvar Núñez apunta la falta de víveres para distribuir a la tropa antes de internarse hacia la región llamada Apalache, región dotada según los indígenas preguntados, de todo cuanto deseaban los españoles, esto es, oro y maíz. «Visto lo que en los navíos había, no se podía dar a cada hombre de ración para entrar en tierra, más que una libra de bizcocha y otra de tocino»¹¹. La ración que se reparte finalmente será de 2 libras de bizcocho y media libra de tocino por cada hombre. Estas cantidades, se supone fueron repartidas a partes iguales, al menos entre la tropa, ya que no consta si la repartición incluía también a capitanes, oficiales y clérigos, a los cuales se les solía dispensar un mejor trato dietético, traducido en una mayor

8. Alvar Núñez, p. 46.

9. La primera referencia sobre la existencia del maíz, la da Cristóbal Colón el 16 de octubre de 1492, 4 días después de avistar tierra firme y encontrándose en la isla Fernandina.

10. Alvar Núñez, p. 48.

11. *Idem*, p. 54.

variedad y calidad de alimentos. Evidentemente que la situación tendía a igualar el trato, y las diferencias, si existían, pronto quedarían reducidas a la nada, ya que dicha ración había de durarles 15 días, que son los que según Alvar Núñez se pasan sin encontrar otra cosa que comer, salvo palmitos.

Ante la creciente necesidad de alimentos, la vía de rescate y trueque se va a transformar en secuestro y retención de los indios, método ya utilizado en la conquista de México por Hernán Cortés, y que disgustaba a los indios de forma ostensible, orgullosos de una libertad que los españoles no respetaban. Si puede decirse que el oro de Apalache era su ilusión, el maíz de cualquier campo se convierte en su obsesión: «Aunque algunas veces hallábamos maíz, las más andábamos siete y ocho leguas sin toparlo»¹². Los españoles, además del maíz, tenían el conocimiento previo de otras especies autóctonas de América como la patata, la yuca, los frijoles, el cacao, tomate, etc., y otras muchas ya existentes en el viejo mundo como los conejos, perdices, cebollas, puerros, miel, ajos, palmitos, cerezas, ciruelas y otros alimentos similares a los que había en España en la misma época. Este conocimiento previo lo van a utilizar en Florida con los palmitos y las ostras, especies ambas que en varios momentos les sirven de alivio a una situación cada vez más anárquica y desesperante: «Llegamos a un ancón o entrada de la mar, donde hallamos muchos ostiones con que la gente holgó»¹³.

El contraste alimentario, que había subsistido hasta entonces entre lo que ellos llevaban (bizcocho y tocino) y lo que podían recoger o encontrar (maíz y ostiones), acabará pronto dando paso al penúltimo recurso alimentario del conquistador en América¹⁴, siempre utilizado en caso de necesidad, de comerse los caballos, que en número de 40 acompañan a la expedición. Este hecho les va a privar de una movilidad que en otros lugares hubiera sido vital para su supervivencia, pero que en estas tierras poco útil les resultaba, dado el mal estado físico de los equinos a causa de la falta de alimentación adecuada. Día a día son los caballos los que van sirviendo de alimento a unos hombres que ya solo piensan en salir de esas tierras y regresar a unos barcos que creen pueden haberles seguido por la costa. La carne de los caballos se comería asada al igual que el ocasional maíz que iban encontrando por el camino, aunque este también podía ser consumido cocido, crudo o molido en puchas, esto es, en forma de masa harinosa.

Poco después, ya en el mes de agosto de 1528, y dispuestos a salir de allí por vía marítima propia, una vez descartado el regreso por tierra, deciden sacarle el último provecho a los caballos haciendo una entrada en la localidad indígena de Aute para aprovisionarse de maíz, recogiendo 400 hanegas de dicho cereal, cantidad considerable que les permite aguantar varias semanas, mientras se construyen las balsas. Los caballos se consumieron a razón de uno cada tres días, pero fueron agotados en 49 días, tiempo que se tarda en la construcción de las cinco balsas

12. *Idem*, p. 49.

13. *Idem*, p. 59.

14. Es el penúltimo porque el último pasaba por el canibalismo puro y llano. En las numerosas crónicas de expediciones fracasadas, sobre todo en el siglo XVI, hay un buen repertorio de casos de canibalismo europeo, que no indígena, en los que la supervivencia final pasa por rebanar a un indígena amigo, o en último extremo, a sus propios compañeros. En la propia crónica de Alvar Núñez, encontramos un escandaloso caso de canibalismo entre españoles del cual los indígenas del lugar (costas de Texas) quedan asombrados ante acto tan bárbaro y repulsivo.

necesarias para el incierto viaje marítimo. El último legado de los équinos fueron sus crines, colas y cueros que sirvieron para la confección de cuerdas y botas para el transporte de agua.

Maíz, carne de caballo y alimentos secundarios como los palmitos, ostiones o pescado y marisco pasajeros, fueron la única dieta de estos hombres que no pudieron evitar ver morir a más de 40 de sus compañeros de hambre y enfermedades como la malaria, que hizo mella en los debilitados cuerpos de los españoles. Una dieta claramente deficitaria en calorías, proteínas y materias grasas, dadas las cantidades que se supone tocarían por persona y día, para unos hombres que tenían que realizar un ejercicio físico diario considerable.

Esta etapa de la expedición por tierras de la Florida, que acaba trágicamente para la mayoría con el naufragio de las balsas en la boca del Mississippí, supone pues el cambio de una alimentación suficiente, aunque básicamente dominada por la trilogía pan-tocino-vino, a una subalimentación basada en el maíz y posteriormente en la carne de caballo, donde la frecuencia y la cantidad se vuelven conceptos que ya no pueden controlar. El maíz es el alimento por excelencia, en la medida que es el que los españoles conocen mejor y mejor cuadra en su lógica dietética por su carácter panificable. Ello hace que lo busquen por todas partes, conscientes de que ha de sustituir su temporal dieta de bizcocho y ser la base de su futura alimentación en tierras de Florida. Bizcocho, tocino y en último extremo carne de caballo se contraponen al maíz, el venado, los palmitos y otros alimentos de origen local que fueron consumidos de forma marginal, como la calabaza y los fíjoles. La presencia de pescado y ostiones, denota un recorrido que discurrió siempre a pocos kilómetros de la costa, aunque su presencia es también marginal en la alimentación del grupo de expedicionarios, toda vez que en su recorrido no se realizan las paradas suficientes para poderse dedicar a la pesca o la recolección de ostiones. Destaca también la ausencia del problema del avituallamiento de agua, problema acuciante en otras zonas más áridas y que en este caso se resuelve gracias a la propia configuración del terreno, propicio por sus rocas calizas a la acumulación natural de agua de lluvia en forma de pequeños lagos y lagunas.

El paso de Narváez y su expedición por tierras de la Florida, significó la muerte de 58 españoles, 40 caballos y numerosos indígenas¹⁵, en lo que sin embargo resultó ser la parte más feliz quizás de toda la gran aventura que Alvar relata. El desconocimiento del medio físico fue una de las causas principales del fracaso de la expedición; terrenos impracticables donde los españoles extenuaron sus fuerzas en la búsqueda de una región rica en recursos y oro que colmara las ambiciones que les había impulsado a embarcarse. La falta de previsión hizo que pronto se encontrasen sin alimentos y tuvieran que depender de lo que los cultivos indígenas les proporcionaban mediante el pillaje, o lo que fácilmente podían recoger de la naturaleza. De otro lado, la población indígena, básicamente agricultora, completaba su dieta mediante un amplio abanico de alimentos de recolección y caza y no tenía problemas de subsistencia en un medio que había aprendido a dominar y que le

15. Las cifras sobre mortalidad indígenas, vienen siempre deformadas tanto por exceso por el deseo de magnificar la victoria, como por defecto, por una mera ignorancia y desprecio hacia el ser indígena, actitud eurocentrista difícil de superar por la mayoría de los cronistas.

servía para ir expulsando a unos invasores que cada paso que daban iban perdiendo más sus fuerzas, en un terreno que no era el suyo, sin movilidad ni apoyo externo y con unos objetivos totalmente faltos de realismo y medios para conseguirlos.

ENTRE EL ORO Y EL HAMBRE

El objetivo de Pánfilo de Narváez, por el cual obtuvo el título de Adelantado para la conquista de la Florida, era encontrar un imperio similar en grandezas y riquezas al encontrado por Cortés en Tenochtitlan y que, fronterizo a este por el norte, estaría situado entre el Panúco en la Nueva España y la Península de Florida. Segundón de Diego Velázquez en la ocupación y pacificación de Cuba y derrotado por Cortés en su fallido intento de apresarle en Cempoala, donde pierde un ojo, a Narváez sólo le queda el consuelo de aprovechar dicho título para colmar sus ansias de poder y enriquecimiento, comunes en muchos de los protagonistas de la conquista.

Hasta 1516, los españoles se habían aprovechado del oro de aluvión que les proporcionaban las diversas islas antillanas, pero a partir de ese momento en que cesa su producción, se ven obligados a emigrar, atraídos principalmente por las nuevas perspectivas que se abren tras el descubrimiento de México. El oro se ha convertido en esta época en «el bien más simbólico y el más remunerador»¹⁶. Desde el propio descubrimiento colombino, se mezclan en la conquista las ansias materiales con los argumentos espirituales, en un proceso histórico que tiene a la fe por bandera y a la espada como su fiel guardián, aunque muchas veces la vemos actuando a espaldas de aquella y con unos objetivos muy alejados de la simple expansión de la fe católica.

Los más de 60 pasajes que en el diario de Colón hacen referencia al oro, demuestran esta temprana obsesión, que compartirán, para desgracia de miles de indígenas, los sucesivos personajes que pisarán tierras americanas, entre ellos Pánfilo de Narváez. «Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro»¹⁷. Es este la primera vez de las más de 120, que Colón cita la palabra oro en un período que va desde el 13 de octubre de 1492, un día después del pretendido descubrimiento, al 23 de enero de 1493 en plena travesía atlántica de regreso del primer viaje. Obsesión común en la conquista y colonización, facilitada además por la gran diferencia cultural entre el sistema de valores occidentales y el indígena, que hacía del oro un simple artículo decorativo sin valor económico para los nativos. Colón encuentra «ventajoso persuadir a los indígenas de que lo único que le interesa es el oro, porque se vio enseguida que no le daban valor y lo cedían por chucherías»¹⁸, y Alvar Núñez nada más desembarcar en la bahía de Tampa (Florida) resalta en las primeras líneas descriptivas de los acontecimientos que vivió, el hecho de encontrar una sonaja de oro entre las redes de un pescador indígena. Esta es la primera muestra del codiciado metal con que se encuentran los hombres de Narváez, que pronto despierta su instinto de ambición, como el posterior mito de El Dorado despertó la infeliz búsqueda de tantos hombres de fortuna.

16. Vilar, P.: «Oro y moneda en la historia», Barcelona, p. 87, 1974.

17. Colón, C.: «Diario de a bordo», edición de Luis Arranz, Madrid, p. 92, 1985.

18. Vilar, P., p. 85.

Ya en los primeros contactos con poblaciones indígenas, se van perfilando las que van a ser las dos únicas obsesiones de la expedición. Por un lado la búsqueda de alimentos, que escasean desde los primeros momentos y sin los cuales toda acción se ve limitada y por otro las pistas sobre el aurífero metal, rastro dorado que habría de conducirles a su propia perdición. Buscan oro, pero se encuentran con un medio físico hostil y una falta de vituallas que de momento les importuna su idea de hallar fácil riqueza. El hallazgo de muestras de oro entre la población local, da pie, al igual que hiciera Colón y siguiendo normas de conducta semejante, a indagar todo lo posible para su localización en mayores cantidades que las que hasta ahora encontradas. El comportamiento indígena es ejemplar ante las pesquisas de unos hombres extraños, inquisitorios hasta la molestia y con intenciones nada claras. Herejes, bárbaros y primitivos para muchos o casi la totalidad de los que les contemplaban, demuestran sin embargo una gran perspicacia al señalar el camino del oro a los españoles, con la única intención de sacarse de encima a unos personajes desagradables empeñados en atravesar sus tierras e inmiscuirse en su natural modelo de vida. Expertos en contar mentiras e inventarse falsas historias, Apalache es el lugar hacia donde indican la presencia de oro y de cualquier cosa que vieran que apreciaran o preguntasen los españoles. Este argumento indígena, fue practicado en todas las zonas que vieron la presencia del hombre blanco, y no fueron pocos los que a tenor de sus falsas indicaciones, cavaron su propia tumba. Ejemplo de esta actitud lo aporta el mismo Almirante, que pocos días después de su célebre desembarco, recela de las informaciones que le proporcionan los indios acerca de la existencia de oro: «yo bien creí que todo lo que decían era burla para se huir»¹⁹. Los argumentos espirituales van a sucumbir ante los materiales y Narváez decide internarse hacia el norte, cuando lo más lógico era asegurarse la presencia de los barcos y con ellos en puerto conocido y seguro, iniciar el poblamiento, asegurándose el dominio y posterior e inevitable evangelización de los naturales.

Día a día, el hambre va acechando y el cansancio va agotando las fuerzas, en jornadas de 40 o 50 kilómetros por terrenos difíciles y duros por donde los hombres continúan avanzando. Es el comportamiento de un grupo humano que tiene la esperanza de llegar a un rincón de su propia mente, pues la realidad, constantemente les hace ver lo contrario. Elocuente es Alvar Núñez cuando nos dice: «más con vernos llegados donde deseábamos y donde tanto mantenimiento y oro nos habían dicho que había parecionos que se nos había quitado gran parte del trabajo y cansancio»²⁰. Todo el sacrificio y esfuerzo era válido, si con ello se alcanzaba el objetivo deseado del oro, aunque muertos de hambre y sin posibilidad de regreso, de poco les iba a servir el metal.

La idea del rechazo al valor comercial que tiene el oro para los europeos, les va a chocar constantemente y les cuesta comprender las diferencias fundamentales que separan los dos mundos que se encuentran, a todos los niveles. La visión occidentalista de Alvar es clara y coherente con un hombre sin experiencia americana anterior, que no puede entender que exista alguna sociedad que no la misma importancia a los valores que él considera básicos de su cultura. Afortunadamente esta lógica visión para un hombre de su época, se verá transformada tras

19. Colón, C., p. 95.

20. Núñez, A., p. 54.

ocho años de forzado contacto con el mundo indígena, impregnándose de ciertas dosis de indigenismo que le acompañarán en actuaciones posteriores.

Las referencias que se hacen en la crónica al oro o a las riquezas en general, son pocas comparándolas con las del diario de a bordo del Almirante, pero no lo son tanto, si examinamos la importancia de cada cita y las consecuencias para el devenir de la expedición que de ellas se desprenden. La diferencia con las gestas de Colón o Cortés en México estriba simplemente en el fracaso o el éxito de la empresa que llevan a cabo. La de Narváez es el más claro ejemplo de fracaso a todos los niveles: fracaso físico porque supuso la práctica aniquilación de los hombres que la componían, comercial porque no supuso ningún tipo de beneficio económico ni para sus componentes ni para la corona, y moral por el hecho de que no se demostró la existencia de ningún imperio o territorio digno de explotar y conquistar. Esto da más importancia a dichas referencias, once en total, por cuanto decidieron la suerte de la expedición y propiciaron su desastre. González Fernández de Oviedo es muy explícito al criticar esta desgraciada aventura en su *Historia General y Natural*: «Quería yo que me dijese que les predicaron esos frailes e Pánfilo de Narváez a aquellos españoles que tan ciegos se fueron dejando sus patrias tras falsas palabras. Y por muchos que mueren nunca escarmientan. ¿Quién los había certificado haber visto aquel oro que buscaban?»²¹

La idea del oro como motor de la historia, surge aquí de una manera real, en unos hechos históricos que formaron parte de un largo período de conquista y colonización, donde el oro imaginario se mezclaba con el real y donde el brillo dorado fue la única biblia de muchos hombres a la hora de tomar decisiones, que muchas veces significaban el poder seguir vivos o no. La idea de P. Vilar de que «el oro desencadenó la conquista y determinó su carácter apresurado, disperso y vasto»²², tiene aquí una plasmación práctica de primer orden.

A la larga sin embargo, el descubrimiento más valioso para el mundo occidental no fue el oro, sino quizás los nuevos productos alimenticios que se incorporarían desde entonces a la dieta occidental, como la patata, el maíz, el tomate, la calabaza o el chocolate y que ayudaron a mejorar la calidad nutritiva de la dieta europea.

21. Fernández de Oviedo, G.: «Historia General y Natural de Indias», B.A.E. núm. 120, tomo IV, p. 290, Madrid, 1959.

22. Vilar, P., p. 88.